

Me atrajo Santa Barbada como atrae un bello retablo ó una curiosa efigie encontrados en un lugar donde nadie contempla ni admira; en algún poblacho por el cual no cruzan arqueólogos, ni siquiera viajeros. Esto no significa que Santa Barbada carezca enteramente de devotos en Avila misma. Si hay ciudades, comarcas, regiones enteras que respiran paganismo — por ejemplo, Nápoles, — otras exhalan religiosidad. De estas últimas es la grave Avila. Así que sentamos el pie en ella — á pesar de que va poniéndose de moda como punto de veraneo, — nos parece que se aleja el mundo, que las formas y colores de la naturaleza se borran y apagan, y sólo quedan el tono grisiento del granito y el amarillento de la arcilla, contrastando con el azul claro y puro de un cielo que nos señala el camino del ideal. ¡Y cómo mantiene la ciudad su íntegro aspecto de otros días! Intactas la cercan las sombrías murallas del período repoblador, las que presenciaron los asaltos de la morisma y las luchas intestinas de *serranos y ruanos*. La catedral, en vez de adornarse con los calados joyeles de filigrana y con los vuelos de encaje de otras basílicas españolas, se corona de torres: es, á la vez que templo, fortaleza. A la revuelta de cada calleja yerguen su mole conventos de benedictinos, de dominicos, de carmelitas. El espectro de Torquemada vaga sin duda aquí, en noches de luna, llamado por el sonido grave y profundo de las viejas campanas cuando doblan á la oración. En mis paseos, las altas rejas de los conventos me atraen: miro con los gemelos de teatro que la miopía me obliga á llevar siempre á mano en la bolsa, y suelo entrever una cara pálida, orlada por las tocas: una monja que, al través de los hierros, mira... ¿qué? ¿A los que pasan? ¿A las lejanías del horizonte?

* *

Las alamedas de altos olmos están desiertas, lo mismo que las pedregosas extensiones que rodean á la ciudad. Diríase que la soledad y el silencio tienen aquí su patria: la región entera es muda. Silencio imponente y monotonía que no carece de majestad; llanuras de dilatados términos, que sólo ondulan imperceptibles lomas. La variedad y la belleza dicenme que se encuentran en lo alto de la serranía, como si en este país Dios quisiese significar al alma que es preciso ascender á las cumbres para hallar algo que sea digno del interés humano. En la serranía de Avila hay valles amenos y frescos oasis de arbolado, pinares y cañadas, prados dignos de la musa del maestro Berceo, arroyos de cristal, tapices de flores de cantueso, de encendida color, y tomillares de agreste aroma.

* *

Las llanuras se extienden hacia la parte del Norte, y en la propia dirección, distante como dos leguas de Avila, se encuentra el pueblecillo de Cardeñosa, del cual eran naturales los labriegos padres de *Santa Barbada*, y donde nació la santa misma. Este recuerdo sería el único de un lugarcito de sesenta vecinos, á no haber acaecido en él el fallecimiento del niño Alfonso, hermano de Isabel la Católica; fallecimiento causado, según fama, por el veneno que le dieron en una trucha. Suceso ocurrido en un rincón de España, que tanto influyó sin embargo en su historia.

No aciertan los cronistas á fijar en qué época vivió Paula, Santa Barbada después, ni á qué labores se dedicaba, ni nada concreto, pues realmente esta santa pertenece, más que á la historia documentada, á la tradición. La aventura á que se reduce su biografía demuestra que era hermosa; pero lo único que logramos rastrear es que Paula solía venir de Cardeñosa á Avila muy á menudo, con objeto de visitar la tumba del mártir San Segundo, primer obispo y patrono de Avila, que había confesado la fe y ganado la corona en la ciudad misma, y cuyo cuerpo fué inventado á orillas del río Adaja, al demoler dos arcos antiquísimos del templo de Santa Lucía, allá por los años de 1519. Este dato aumenta las confusiones. Algunos suponen que el caso de Santa Barbada ocurrió en el siglo vi, otros que en el xi. No pudo ser sino antes de que se perdiese la tradición del sepulcro de San Segundo, á menos que fuese después de su descubrimiento. La veneración á este sepulcro era una devoción popular en Avila; Felipe II solicitó una reliquia de San Segundo para el monasterio del Escorial. Si creemos que el suceso de Barbada es posterior al descubrimiento, Paula pudo ser contemporánea de Santa Teresa. En el llano abulense, los siglos xvi y xvii hay florecencia de santos.

Iba, pues, la joven paleta de Cardeñosa, lozana como unas flores, á sus rezos acostumbrados, cuando reparó en ella un caballero de la ciudad, en la cual abundaban, y muy calificados en nobleza, viéndose hoy todavía sus casas fuertes, con arrogantes blasones. El caballero, según las crónicas mozo y libertino, buscó modo de hablar á Paula. Sin duda le entró, como al capitán D. Alvaro de Atayde en *El alcalde de Zalamea*, uno de esos caprichos súbitos y desordenados, que exaltados por una casta y firme repulsa, pueden ascender á violenta pasión; y acaso, al convencerse de que Paula, voluntariamente, nunca se prestaría á sus deseos, exclamó como D. Alvaro:

«La vida me has de costar, hermosísima villana.»

Debemos suponer que antes de llegar al desesperado propósito de matar á Paula en último extremo, agotaría aquel caballero todos los medios persuasivos para ganar la voluntad de una doncella. Es verosímil que la requebraría, que la rondaría, que hasta la daría música en Cardeñosa (facilitando el galanteo lo corto de la distancia, que bien se podía recorrer á caballo), que la ofrecería dádivas y obsequios, y que acaso llegase hasta ofrecerse á recibirla por esposa. Todo lo cual no sirvió de nada, pues Paula hizo saber al apasionado mancebo que tenía ofrecida á Cristo su virginidad.

* *

Lleno entonces de despecho y furia, el mozo esperó á Paula apostado en el camino por donde sabía que la paleta había de pasar forzosamente, en dirección de la iglesia de San Segundo. Llevaba daga en cinto, y la resolución rabiosa de pasar el pecho á Paula, si resistiese. Paula le vió desde lejos. Aterrorizada, se refugió en la ermita de San Lorenzo, uno de los muchos humildes oratorios que rodeaban á Avila. Allí se echó de rodillas y alzó al cielo una plegaria fervorosa, pidiendo verse libre de aquella hermosura malhadada, que la ponía en tales riesgos. — Y al punto mismo sintió brotar rápidamente en su cara, lisa y rasa como la seda, una barba pobladísima, negra, que cubría el rostro y descendía ondeante hasta el pecho.

* *

Al precipitarse el caballero en la ermita, apretando el puño de la daga, no conoció á la Barbada, y la preguntó atónito si no había visto entrar allí, momentos antes, á una villana muy hermosa. Paula respondió negativamente: el mozo se fué confuso; y la joven, de rodillas, agradeció á Dios el socorro prestado, y suplicó que no la quitase las barbas que habían sido su escudo. Desde aquel día Paula no se apartó más del sepulcro de San Segundo, dedicada á cuidarlo, á adornarlo con lámparas cuyo aceite renovaba, á hacer vida eremítica, hasta el punto de la muerte. Quizás fuese la Barbada la primera de las famosas emparedadas que cerca de San Lorenzo asombraron á la comarca con sus penitencias.

Este oratorio de San Lorenzo, donde un retablo «ni antiguo ni bueno» describe Quadrado lacónicamente — era el único monumento que confirmaba la tradición de la Barbada, — fué derribado en 1835. El retablo se trasladó á la vecina parroquia de San Andrés. Y es cuanto se sabe acerca de la virgen cuyo rostro se pobló de barba...

* *

Singularísimo parece, después de unas horas pasadas en Avila, meterse en el tren. Salimos como de la sombra sugestiva de una catedral, y entramos en la estación, que aunque poco animada, estación es al fin, y huele á carbón de piedra. Y no sé por qué, de pronto doy en asociar estos episodios de santidad con la agitación religiosa de Francia. Diríase que ya nadie piensa en la fe..., y el caso es que se piensa, de otro modo, pero tanto como en los siglos de las santas — á pesar de que las santas se han agotado, se han secado las azucenas todas...

O al menos, tienen tal aspecto que es imposible conocerlas. Acaso la baronesa de Reille, una señora que acaba de dar una conferencia en Montmartre para protestar contra los decretos que cierran las Escuelas de las Sores, allá en 1500 sería una santa. Hay que creerlo al escucharla gritar: «¡Nuestro derecho ó el martirio!»

Pero eso de las conferencias tiene tan poco de vidrio de colores...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VUELTA

Por lo intenso del contraste me agradó detenerme en Avila, la más castellana de las ciudades, y rozar con mis ropas, impregnadas de los olores á cocina con manteca y á esencia de *white rose* del bulevar, las piedras mohosas de los severos palacios y de los solitarios templos.

¡Avila! ¡Tierra de cantos, tierra de santos! Y de santas, especialmente... Yo soy aficionadísima á historias de santas; hallando en ellas mayor interés que en las nueve décimas partes de las novelas... *non sanctas*, escritas supongo que con objeto de interesar, y que suelen producirme efectos enteramente contrarios. De éstas me traje unas cuantas para distraerme en el tren, y no pude pasar de las primeras páginas..., yo, golosa de lectura. Golosa, sí; ya no *glotona*... El paladar se hace exigente á medida que almacena, allá en los oscuros depósitos de la memoria, sensaciones. Y el cerebro también sufre hastío, y rechaza el alimento insípido ó mal guisado. Guardé las novelas en el saco y preferí mirar el árido paisaje.

* *

Además, me gustan las historias de santas porque cuando las escribo y publico hay mucho revuelo en el campo negro y en el campo rojo. (El negro y el rojo se combinan, en mefistofélica combinación.) No siendo roja ni negra, estoy en mejores condiciones para saborear una impresión artística dondequiera que se me proporcione. Las historias de santas encierran una sutil psicología y esa magia de juventud que se halla en los monumentos literarios, artísticos, arquitectónicos, de la Edad Media. Muchas santas son anteriores ó posteriores á esta época de fantasía creadora y de realismo sencillo; pero la hagiografía ostenta siempre caracteres medievales. La hagiografía, para ser encantadora, tiene que recordar los vidrios pintados de las iglesias. El siglo xviii es fértil en historiográficos de santos, y no se pueden leer, ni sufrir, porque llevan consigo el prosaísmo de su centuria.

* *

En Avila sólo hay la dificultad de no saber qué santa se elige. Santa Teresa, con su gran nombre, llena los ámbitos de la ciudad. Pero de Santa Teresa no se puede escribir poco. Pide volúmenes, como los dos que le dedicó mi amiga Gabriela Cunningham Graham, con quien pasé en Avila varios días enteramente teresianos. Esta vez, recorriendo sola las callejuelas y las singulares plazas que con su sombra protege un convento ó una iglesia, se me ha ocurrido pensar en las santas olvidadas, casi desconocidas, que no fueron literatas, ni fundadoras, ni mártires siquiera... Y dediqué las horas disponibles á evocar el recuerdo de la obscura Santa Barbada, que debe este nombre á un singular prodigio.